

SERMON DE PASION.

Attritus est propter scelera nostra (Isai. 53. v. 5.).

Pueblo ingrato, sinagoga infame, judíos rebeldes, cumpliósse vuestro designio; pecadores obstinados, hombres viciosos, gente perversa, logras- teis vuestros intentos: el verdadero Jonatás, amable sobre el amor de todas las mugeres, queda víctima de vuestro enojo: el hermoso entre los hijos de los hombres está ya desfigurado: el Isaac mas obediente consumó su sacrificio: el admirable Moisés ocupa distinta cátedra: el Abel mas inocente terminó ya su carrera: el furor llegó á lo sumo. Murió Jesus Nazareno: cielos, llenaos de pasmo, desquiciense vuestras puertas, y caigan sobre nosotros. ¿Es posible, Padre Eterno, que armeis este dia todos los instrumentos de la rabia contra el carácter mas vivo de vuestra gloria? Patriarcas Santos, ¿á qué fin suspirabais tanto por el Justo, si habia de durar tan poco? Sagrados Profetas, ¿era esto lo que mirabais, cuando pediais al cielo que hiciese descender al Deífico Manuel como benéfica lluvia? ¿Era el patíbulo el objeto de vuestras ansias? Murió Jesus: ángeles, ¿esto veis y no llorais? hombres, ¿esto habeis hecho, y no os confundís? Pecadores, á vista de tan funesta catástrofe ¿estais con ojos enjutos? Ea, subid al calvario, tal vez bajareis hiriendoos los pechos de dolor, como los judíos que nos refiere San Lucas.

¿Seréis menos compasivos para Jesus, que los vasallos de Seleuco, que despues que le derribaron del trono, al verle arrojado á la playa por una tempestad, cuando iban á ejecutar de nuevo horribles carnicerías, mirándole echado en la arena, desnudo, maltratado y sin alivio, su odio se convirtió en ternura, y le condujeron en brazos al solio que antes tenia? Viendo el mas funesto espectáculo causado por vuestras culpas, ¿permanecereis tranquilos sin moveros á penitencia? Vieronle los montes, y á pesar de su dureza se quebrantaron. Vieronle los insensibles, y manifestaron su extraordinario sentimiento. ¿Y vosotros, no os movereis á vista de tal estrago? Sí, amados oyentes, mostrémonos compasivos por pasion tan dolorosa. Imitemos á nuestra madre la Iglesia, que por todas partes indica su sentimiento. Lleguémonos con el afecto y consideracion á las puertas de Jerusalem, donde se celebra la mas lamentable tragedia. El calvario es el lugar de la escena mas asombrosa; allí se acaba de consumir el misterio de la Cruz. Que el judío se escandalice de la pasion de nuestro Dios, que el pagano la haga motivo de escarnio, tenemos, gracias á la divina misericordia, el consuelo de ver en este auditorio almas fieles, que vienen con un ánimo compungido á escuchar cuanto pasó en la muerte del Redentor. En cuanto alcanzaren mis fuerzas, satisfaré vuestro deseo. Para esto os manifestaré á Jesucristo oprimido de tristeza, y al amor que triunfa en este dia de su espíritu: *primera parte.* A Jesucristo lleno de oprobios, y al amor que consigue una milagrosa

victoria sobre su honra; *segunda parte.* A Jesucristo muerto en un afrentoso patíbulo, y al amor que obtiene el último trofeo de su vida; *tercera parte.* La alegría confundida en llanto, la inocencia condenada, y la misma vida muriendo, serán los triunfos milagrosos del amor y de la justicia, y el blanco de esta trágica pasión, que todo os manifestará el destrozo sangriento de Jesucristo, á que él se ofreció voluntariamente.

¿Mas á quién recurriré por los socorros que necesito para tratar un asunto tan lúgubre? Jesús espira, María agoniza con él, el Padre Eterno le abandona, el Espíritu Santo le condena, los Apóstoles le desconocen, los hombres y los demonios obran de acuerdo para ejercitar su paciencia: el cielo está de guerra, la tierra gime, el infierno tiembla, la Iglesia está puesta en aflicción: San Gabriel, que pudiera prestarme la salutación Angélica para obligar á la Virgen, está ocupado en el huerto en confortar á Jesús: no queda pues otra que la Santa Cruz donde buscar facundia. ¿Qué á buen tiempo te presentas á mis ojos, ó santa y felicísima Cruz! Yo concibo á tu vista faustas esperanzas de ver luego á mi Redentor; enamorado de vos, no podrá estar largo tiempo ausente; mas entre tanto que vos apareceis sola y desnuda, yo corro á tí, ó bendita Cruz, yo te abrazo, yo te beso, y pongo en tí mi afecto, mi boca y mi corazón. Yo te alabo, Cruz preciosa, como instrumento glorioso de mi salud, como centro de mis deseos, y como objeto de mis esperanzas. Yo os adoro, sagrado made-

ro, que á un tiempo sirves de féretro al Redentor, y de cuna dichosa de todos los fieles. Yo os saludo, augusto patíbulo; yo os bendigo, suplicio ilustre, que recibiste decoro y hermosura de los miembros del Salvador: alcánzame de aquel á quien amorosa diste los brazos, los socorros necesarios para publicar tus honras y las tuyas; vara de Moisés, suscitadora de fuentes y de rios, hiere fuertemente estos corazones de piedra, y saca de ellos arroyos de lágrimas dolorosas. De Jesucristo tu esposo á quien te unes con amorosísimos ósculos de paz, consigueme una elocuencia piadosa y persuasiva, haz que postrado aquí humildemente á tus pies, medite y diga provechosamente tus grandezas. Déjate obligar de la ternura y afecto con que todos y yo postrados á tus plantas te decimos: Salve, ó Cruz única esperanza nuestra, aumenta á los piadosos la gracia que benigno les concediste en este tiempo sagrado de pasión, y borra los delitos de los que te han ofendido.

PRIMERA PARTE.

Habiendo, pues, celebrado el Salvador del mundo con sus discípulos la última cena, y dado con ella fin á las observancias legales, se dispuso la cena sacramental, en la cual corrido el velo de los enigmas, y sustituyendo la realidad á las figuras, se dió á sus discípulos en verdadera comida y bebida, bajo las especies sacramentales de pan y vino. Satisfecho su amor de haber llevado hasta su fin el gran designio de dar á los hombres las mayores pruebas de su fineza, que-

dándose con ellos hásta el fin del mundo, se apoderó de su corazón un júbilo tan grande, que haciéndole prorumpir en cánticos de alabanzas, le obliga á salir al campo con toda la comitiva de sus Apóstoles, á desahogar su afecto y tratar con su Eterno Padre de los intereses de la salud del mundo. ¡Mas ay de mí! que el gozo de Jesucristo padece su naufragio en el torrente Cedron. Su alegría fue arrebatada de las fugitivas corrientes, y no pasó con su magestad. En efecto, despues del tránsito del torrente, habiéndose separado de los Apóstoles hasta de los tres mas privilegiados, llegó al lugar de la oracion, y aquí era donde le esperaba un caos de tristeza, un laberinto de temores, y un torbellino de amarguras. Solo, y sin mas testigos que los ángeles, se arrodilla el Salvador, pega su rostro con el polvo, y siente tal desfallecimiento en el corazón, tan mortales agonías en el espíritu, tan terribles temores en su humanidad, que suspendido por milagro el comercio de aquella santísima alma con el cuerpo, y embarazada la comunicacion de la parte superior con la inferior, quedó sumergido en tal abismo de tristeza, que sus agonías y sus afanes le obligaron á derramar arroyos de sangre por todos los poros de su cuerpo. Atiéndele alma devota en aquel horror de la noche, entre el silencio triste de la soledad, entre la confusion y susurro de los árboles: mírale inclinar la cabeza á una y otra parte, como pensativo y temeroso, respirar sufocado, como oprimido, y palpar todo el cuerpo como sorprendido de una parálisis.

Si llega á sus tres discípulos, los halla dormidos, y se hace mas penosa su vigilia con la cercanía de quien reposa. Si se llega al torrente, aquel murmullo nocturno que forman las aguas contra las piedras, le acuerdan los mármoles de su sepulcro. Si da con algun árbol, le renueva la memoria de aquel funesto, que á Adán le fue la ocasion de tan gran culpa, y á sí de tan gran pena. Si pisa alguna flor, le suscita la especie de que él, que es la flor del campo, y el lirio de los valles, se verá presto hollado de villanas plantas. Camina, se para, levanta los ojos, los cierra, deshace el camino, lo emprende de nuevo, y con errantes pasos forma mil círculos; pero siempre dentro de la esfera de su dolor.

En el cáliz que le presenta el ángel, mira como en un espejo horrible la imágen de todos sus dolores con anticipacion. Como su espíritu es de una penetracion infinita, ve de una manera la mas evidente, pero tambien la mas cruel, las penas que los Profetas han anunciado, y que los Padres de la antigua ley han padecido, cuyos tormentos han sido otros tantos simbolos de los dolores y ultrajes que le preparaban los judíos, y que debia él sufrir; á consecuencia de esto, se consideraba en la persona de Abel, muerto cruelmente á manos de los hombres que se llaman sus hermanos. Conducido en la persona de Isaac, sobre la eminencia del calvario, cargado con el leño de la cruz para el gran sacrificio; atado á una columna, como Sanson, recibiendo afanes y azotes. Anegado en un mar amargo de dolores, y sepultado como Jonás en la ballena del sepul-

cro, y como Job herido de pies á cabeza como leproso.

Mas si en el cáliz del ángel vió esto como en un espejo, las persecuciones antiguas como una imágen de sus presentes penas, él previó tambien todas las que debia padecer, conociéndolas en su naturaleza y en sus circunstancias. Veía que su multitud sería sin número, sus violencias sin descanso, su padecer sin consuelo; y como su corazon era un calvario fabricado por el amor, siente en él todos los rigores con anticipacion: miraba ya la justicia divina que balanceaba sobre él todos sus rayos, á la rabia de los judíos que animaba contra él todo su furor, los verdugos toda su crueldad, y el amor todas sus violencias. Su espíritu le pone á la vista los látigos, las espinas, los clavos, la infamia de la cruz, y el arsenal de todos los tormentos que la justicia de su Padre y la rabia de los judíos preparaban contra su persona. Oía ya las blasfemias que vomitarían contra él, los opróbios, las injurias, las afrentas con que serían combatidos su honor y su inocencia. Miraba en el espejo del ángel confortador, su rostro cubierto de asquerosas salivas y de sangre; su cabeza atravesada de espinas, su boca amarga con la hiel, y su cuerpo todo destrozado con heridas: él se veía en este retrato azotado como ladron, aprisionado como sedicioso, burlado como impostor, y crucificado como homicida. En suma, en este retrato de la pasion, contemplaba el desamparo de su Padre, el abandono de sus amigos, la infidelidad de sus discípulos, y sobre todo la traicion de Judas,

que haría su mayor suplicio, ser entregado por un amigo, ser entregado por un discípulo, ser vendido por un Apóstol; y serlo bajo los disfraces del mas tierno amor, imprimiendo un pérfido ósculo en sus adorables megillas, es lo que le obliga á confesar, que su alma está triste hasta la muerte. Viene Judas hecho guia infernal de aquella infeliz chusma, saluda al Hijo de Dios, le llama maestro, y dándole un ósculo de fingida paz, dá la seña á sus enemigos para que le prendan, y acaba el maldito proyecto de matarle. No obstante, Jesus recibe el ósculo, le da en retorno un abrazo tierno, le llama amigo, y usa cuantos extraños modos tiene su amor y su poder para sujetar los espíritus mas intratables, y para suavizar los corazones mas duros; sin que por esto las miradas de este divino sol, las palabras de este oráculo, los tiernos abrazos de este esposo pudiesen enternecer la dureza de este corazon insolente y pérfido. Estos conocimientos llenan de una profunda tristeza el corazon de Jesus, y para hacerla mas insufrible, el amor, que es ingenioso en atormentar, le da un deseo de los mas violentos de padecer.

Permitidme, dolorido Jesus, que yo pueda preguntaros con el seráfico doctor San Buenaventura: ¿Temeis la muerte? ella es espantosa, es acerbísima; pero acordaos que Vos suspirais por ella, y seis dias ha que entrasteis en su busca por las puertas de Jerusalem. ¿Ahora que la veis de cerca, la temeis? ella ha de ser el precio de nuestro rescate, ¿quereis que nos perdamos? ¡O Jesus mio! ¿y dónde está el amor hácia nosotros?

Vuestra muerte es nuestra salud, ¿y teméis morir? ¿en un mismo corazón temor á la muerte y deseo de morir? ¡Pobre Jesus mio! es fuerza que exclame yo con San Lorenzo Justiniano: ¡Qué afectos tan contrarios y tan violentos agitan vuestro espíritu! Yo estoy para decir que miro en la persona del Salvador á dos Jesuses que combaten. El uno suspira anhelando por abrazar la santa cruz, el otro huye de ella temeroso. El uno dice: ¡ó cuán dulce y cuán precioso es mi cáliz! El otro clama: pase de mí este cáliz de amargura. El uno está festivo, el otro triste; el espíritu le quiere muerto, la carne le quiere vivo; la humanidad es flaca, la divinidad animosa: el amor le toma de la mano y le alienta, el temor le aflige y le abate. ¡O pasiones diferentes! ¡leyes contrarias! ¡opuestos movimientos! ¡Y en qué tortura tan cruel poneis el corazón de Jesus!

¡A lo menos, si para disminuir los afanes de Jesus, dejasen de representarse á su vista los monstruos de nuestras culpas! Si pudiese caer sobre sus ojos un oscuro velo que le embarazase ver los delitos del mundo, se ahorraria de la mayor parte de las agonías que forman su tristeza; mas siendo tan presentes á su vista los pecados que cometerian los hombres en toda la sucesion de los siglos, no podrá menos de serle este conocimiento tormentoso sobre el que tenia de sus cercanas afrentas y dolores. Yo, diria Jesus con palpitantes labios, voy á morir á fin de que no mueran eternamente los hombres que son las delicias de mi amor; no obstante ¿cuántos entre

los hombres renovarán mi muerte todos los dias con sus culpas, formando con ellas el capital de mi dolor y de su eterna condenacion? ¡Ah almas ingratas, mas queridas, estimadas, pero perdidas! ¡así malograis mis afanes haciendo una impía venta del Paraiso por el vil desahogo de una pasion! Yo por vosotras descendí del seno de mi Padre; yo por vosotras desde este huerto subiré al calvario; yo por vosotras del calvario montaré sobre la Cruz; yo os llamaré á altas voces desde ella, y vosotras os mantendreis siempre sordas; ¿yo muero por vosotras, y vosotras quedareis sin vida? Yo estoy pronto á morir mil veces si fuera necesario por vuestra salud, y mis beneficios no han de servir sino para aumentar el número y la cualidad de vuestras ingratitudes. ¡Ah sangre mia! ¡ah fuego vuestro! ¡ah muerte mia temporal! ¡ah muerte vuestra eterna! ¡ó pasion mia! ¡ó infierno vuestro! ¡ó almas redimidas por mí! ¡ó almas rebeldes á mi amor!

A estos extremos de desconsuelo obligaba á Jesucristo el conocimiento de tantas almas ingratas y miserables, cuyas maldades son el gran peso que le oprime y le derriba sobre la tierra, como se dice en el salmo. Por esto, como si no bastase el humor de sus pupilas para llorar, llora por todos los poros de su cuerpo, deshaciéndose en lágrimas de sangre. Considerar que tantas pruebas de amor se dan á los ingratos y á los pérfidos, prever que su pasion será estéril á mucha parte de los cristianos, y que los efectos de su amor serán algun dia la medida de su furor y de sus venganzas, le hacen clamar que su

espíritu está triste hasta la muerte. Mi alma está triste hasta la muerte; pero son vuestras culpas quienes la afligen y la oprimen con dolores. ¿Piensas tú, libertino, que el Dios que te crió y que te conserva está triste hasta la muerte, cuando te abandonas á los placeres, y corres á embriagarte de delicias? ¿Piensas tú, señora, que Dios está puesto en el huerto en una agonía mortal, cuando vives sin otros cuidados que los que fomentan el lujo, y frisan con el genio de tu curiosidad y galantería? ¿No eres tú, ingrato, el que traspasas el corazón de Jesus con una espada tan aguda, que le reduce á un estado tan triste y afanado, como que se ve en la precision de acudir á su padre por consuelo? ¿No eres tú, avaro, el que renuevas con el mayor oprobio del Salvador la traicion del pérfido discípulo, vendiéndole todos los dias, estimando en mas tus ganancias que su sangre? Señores míos, Jesus naufraga en un mar de sudor sanguíneo.

Tres discípulos de los mas amados duermen cerca de su persona, y no recibe de ellos el consuelo de la sociedad; Judas y la infernal tropa se acercan á prenderle: él desfallece por la tristeza y la congoja. Hagamos, pues, con Jesus los oficios del ángel consolador. Y siendo cierto que el mayor consuelo que puede recibir un afligido, es tener quien le acompañe y tome parte en sus penas, aflijámonos con el Señor, gimamos con su Magestad, bebamos generosamente el cáliz de sus penas, llóremos con él, derramando en el huerto de Getsemaní lágrimas penitentes. Y porque el pecado es quien le aflige, acometamos este mons-

truo y hagámosle morir. Esta es la gracia que os pide el Salvador, rogandoos en la persona de sus discípulos, que no paseis adelante á aumentar su tristeza con vuestras culpas: *Sustinete hic.* Detened el curso de vuestros crímenes, cesad de ofenderme, romped los lazos que desgraciadamente os atan á las vanidades de la tierra, abandonad esa infernal criatura que os pervierte, y suavizareis con esto mis amarguras. Pecadores, ¿sereis insensibles á tan amorosos ruegos? ¿Tendreis valor para correr á los divertimientos y los placeres, entrando en el jardín delicioso de Babilonia á coronaros de flores, mientras vuestro amable Salvador tiene el rostro pegado con el polvo, su cuerpo cubierto de sudor sanguíneo, y su espíritu poseido de una tristeza la mas afligente? Si no os mueve un objeto de tanta compasion, esperad á verle aprisionado luego con cordeles y cadenas como un malhechor, y conducido con fiesta propiamente infernal á las casas del presidente y pontífices de Jerusalem, donde el amor hace un segundo milagro capaz de ablandar vuestra dureza. Este es el segundo acto de la sangrienta tragedia, donde apareciendo la inocencia condenada en los tribunales, mostrará el segundo atentado del amor sobre la vida inocente de Jesucristo; y será la materia de mi

SEGUNDA PARTE.

Ni el prodigio de haber derribado en tierra con una sola palabra toda la multitud de ministros del prendimiento, ni el doblado milagro